

Quedaba poco Cola-Cao. Y apenas un par de cucharadas de leche condensada. Aurelia miró a su nieto, que chupaba lentamente la galleta Chiquilín. El niño tenía una mirada triste, como ella. El calor del verano no ayudaba a aliviar el dolor de la pérdida de su hija y de su yerno. Ni a dulcificar el duro recuerdo del chirriar de la madera contra el grosero cemento cuando los ataúdes fueron arrastrados hacia el interior de los nichos contiguos del Cuarto Piso, Sección A, Pabellón Tres, del cementerio Sur de Madrid; sonido caliente, contumaz, que construía su infelicidad. Hubo muy poca gente en el camposanto; algunos vecinos, cuatro o cinco obreros de la obra en que trabajaba su yerno y dos recios operarios del camposanto hechos a aparentar dolor y apretar mandíbulas. No más de diez personas.

— Abuelita, no me gusta la leche condensada.

La vocecita trasladó de nuevo a la vieja hasta la realidad no menos dura de la cocina de su casa.

— No hay otra cosa, cariño —dijo.

— ¿Papá y mamá ya no volverán?

— No, mi amor —contestó la abuela como si tuviera un garbanzo en la garganta.

— ¿Están en el cielo?

— Sí, cariño. En el cielo, con San Cristóbal. Y tú ahora estás con la abuelita. La abuelita te quiere mucho. La abuelita quería mucho a papá y a mamá. Y ahora te quiere a ti cuatro veces más.

— Tú eres la madre de mi mamá, ¿verdad?

— Sí, mi vida. Tu abuelita.

— Mamá siempre tenía leche y me la calentaba. Y a veces, cuando no tenía, había otra leche que la echaba en agua caliente con una cuchara. Pero no era espesa como la leche condensada. No sé cómo se llama aquella leche.

— Leche en polvo, cariño, pero aquí no tengo de esa. Iré a tu casa a traerme lo que quede allí.

El niño bajó los ojos. Quedó en silencio, escuchando el sonido producido por el hilo de agua sobre el cacillo de aluminio que su abuela fregaba pausadamente con un estropajo viejo que ofrecía un color verde titilante por el efecto que producía en él la luz de la barra de neón del techo que hacía shsssss, shsssss, como una chicharra. Después, comenzó a llorar. No un llanto abierto ni sonoro. No de esos que los críos diseñan para llamar la atención de los mayores, para conseguir un capricho. Era un llanto apagado de los que salen desde el bajo vientre y suben hasta la garganta, un gemido largo y continuo, doloroso, en su pequeño pecho virgen de niño de cinco años.

—No llores, mi amor, no llores —dijo la vieja dejando sobre la mesa el estropajo húmedo, apretando a su nieto contra sí con los ojos llenos de lágrimas y el nudo en la garganta que ataba corto el grito de pena que le apetecía emitir—. La abuelita cuidará de ti, cariño. Siempre, siempre.

Pero lo cierto es que no sabía aún cómo se las apañaría para criar al niño. Vivían de la pensión de su marido que, a esas horas, se encontraba encamado por su problema de espalda. Setenta y cuatro mil pesetas mensuales con las que ya debía hacer encaje de bolillos para alimentar dos bocas y pagar el alquiler y las facturas. Ahora, además, a su único nieto, huérfano. No había nadie que se pudiese hacer cargo del niño; ni una tía, ni un tío. Nadie que pudiera compartir con ella y su marido la responsabilidad y la nueva carga económica. Ella y Luís tan sólo tuvieron una única hija, Silvia. Silvia trabajaba en la peluquería del barrio. Su yerno Andrés, en una obra muy buena que le había salido no

hacía ni ocho meses en Alcorcón. Andrés tampoco tenía familia. Silvia lo había conocido cuando él vino licenciado del ejército, de La Legión. La legión. *Nada importa su vida anterior*. Ni hermanas ni hermanos, aunque se rumoreaba que tenía uno, huésped fijo de Las Barranquillas, ni madre, ni padre ni perrito que le ladrara. Andrés había nacido en Carabanchel Bajo, cerca del Pan Bendito. Y ahora los dos, él y Silvia, yacían muy cerca de allí, en dos nichos contiguos, con la solanera del verano atizando de pleno sobre el enyesado que cubría el liviano enladrillado de sus bocas recalentando el interior de los ataúdes y acelerando la corrupción de sus cuerpos corruptos. Sus nombres, sus fechas de nacimiento y muerte y un solo R.I.P pintado en negro para cada uno como único epitafio. Y no importaba; a la vieja no se le habría ocurrido qué poner.

Volvían de pasar el fin de semana en el Valle del Tietar, que les habían dicho que era muy bonito. Era el primer viaje que su hija y su yerno habían hecho juntos en los últimos cinco años, si descontaba el de Canarias, el de novios. Y le dejaron al niño, su único nieto. En el telediario dijeron que las carreteras *habían causado* treinta y cinco víctimas ese fin de semana. Treinta y cinco, no treinta y tres.

— Irás al colegio, mi amor —le decía al niño apretándolo contra su pecho—. Allí tienes a tus amiguitos. El abuelito te llevará todos los días, cariño mío. Y la abuelita te recogerá. Y te dará de merendar por las tardes.

— Pero no me gusta la leche condensada, abuelita —hipaba el chiquillo ahogado en su tristeza.

— No llores, mi amor, no llores —repitió la vieja. Y le llenó de besos.

Jesús Mañueco nunca imaginó que se pudiese adivinar de forma tan nítida el firme deseo de matar en la mirada de un hombre. Ni que el elegido para morir fuese él. Esta triste seguridad le hizo comprender que nunca tendría la oportunidad de contárselo a nadie, lo que le provocó un profundo fastidio. En cuanto abrió la puerta de su casa el mensajero grandote había sacado la pistola de detrás de la espalda, le había pegado la boca del cañón en el entrecejo y había clavado su mirada en él. Todo muy rápido. Durante unos segundos de gran ridículo Mañueco pensó en uno de esos programas de cámara oculta, así que compuso una de sus mejores sonrisas y se esforzó por mostrar su mejor perfil, el izquierdo. Pero se sintió idiota cuando el mensajero no le devolvió la sonrisa sino que le empujó violentamente hacia el interior de la casa sin quitarle de encima aquella mirada asesina.

— ¡Al dormitorio! —dijo. ¿Era mensajero de verdad?

Si era una broma, era realmente una buena broma. Pero no. Aquél tipo usaba guantes de goma. Sólo alguien que quiere matar sin dejar huellas usa guantes de goma. Lo había visto en las películas. Se sintió desfallecer. Y así, a punto de desmayarse, indicó con el dedo índice tembloroso hacia el interior de la casa.

— ¡Allí, rápido! —le empujó el mensajero.

El dormitorio estaba situado en la parte posterior de la casa y tenía un amplio ventanal que iba a dar a una inmensa balconada construida sobre un promontorio bajo el que se batía el mediterráneo azul de abril.

A lo mejor aquél tipo sólo quería dinero. Sí, eso era; le daría algo de dinero antes de que las cosas fuesen a más. Alguien debía haberle informado a aquél mal nacido la ubicación de la caja fuerte de detrás del único cuadro de su dormitorio. Eso debía ser.

— Tengo dos mil euros en la caja fuerte. Es todo lo que tengo —mintió con un hilo de voz y con la intención de ver confirmada su última esperanza—. Si no me haces nada, te los daré.

— ¡No quiero tu dinero, hijo de puta! —le gritó el mensajero.

Nadie podía oírles. Eran las cuatro de la tarde y la villa más próxima de la urbanización de lujo en que vivía estaba a no menos de quinientos metros. La pequeña per elegante mansión de Mañueco se ubicaba en medio de un vasto terreno arbolado de pinos y arriates de rododendros bien cuidados que la protegían de cualquier mirada indiscreta. Con lo indiscreto que él era siempre hacia los demás. Y ese, qué casualidad, era el día libre del jardinero. El horror de Jesús Mañueco subió hasta un límite que provocó que se le nublaste la vista durante unos largos segundos. El mensajero le miró de arriba abajo con cara de asco y desprecio infinitos. Luego, como si empezara a disfrutar con alguna idea.

— ¿Qué..., qué..., qué es lo que quieres entonces? —tuteó titilante a su agresor.

— Bájate los pantalones y los calzoncillos y tumbate en la cama. Te voy a dar por el culo —respondió.

No. Demasiado horrible para ser verdad. Un sádico sexual. Él, el gran Jesús Mañueco, no podía ser víctima de aquél pervertido. Por Dios, ¿no había nadie para evitarlo?

— No..., no..., —balbució; pero era inútil. El mensajero le puso la pistola debajo de la nariz. Él bajó obediente sus manos hacia el cinturón, pero el temblor de las manos le impidió desabrocharlo. El mensajero le miró con cara congestionada, los ojos muy abiertos. ¿De qué le sonaba aquella cara? Mañueco percibió el espeso olor a sebo que desprendía aquél hombre y cómo el sudor resbalaba por entre los gruesos pelos de su negra barba de tres o cuatro días.

— ¿Prefieres que te de por el culo antes o después de muerto, hijo de puta? —le dijo apretando el cañón de la pistola en su garganta, mientras pegaba le mucho la boca a la nariz, la voz muy queda y ronca, aquél aliento de caramelo de fresa.

— No... no...

¡Pum! Un fuerte golpe en la base de la nariz con la culata de la pistola le tumbó sobre la cama, como si le hubiera coceado una mula nerviosa.

— Tienes suerte de que no sea un maricón de mierda como tú. ¡Yo decidiré por ti, cabrón! —le gritó el mensajero subiéndosele a horcajadas. Pesaba una tonelada.

— No..., no...—gimoteó Mañueco, semi inconsciente y dolorido, las manos sobre el dolorido rostro.

El mensajero le bajó los pantalones y la ropa interior de forma brutal. Mañueco notó un líquido espeso resbalando por su mejilla izquierda. No tardó en comprender que era la sangre de su nariz, que manaba como un grifo de sangre. Le dolía tanto la cara que ni siquiera sintió vergüenza por tener sus partes pudendas vergonzantemente expuestas a la visión de aquél pervertido. Después aquél bruto le clavó el cañón de la pistola justo sobre el corazón mientras le acercaba la cara a un par centímetros de la suya. ¡Aquél pervertido empezaría a violarle de un momento a otro!, temió.

— Sería bonito, ¿verdad, mariconcete?, que te acariciase el culito con los pelitos de mi barba, ¿a que sí? Venga, te vas a poner un montón de cachondo —le insinuó, aquél hombre soltándole el aliento febril sobre su boca.

— ¡Eres tú, eres tú! —gritó Mañueco, reconociendo por fin a su agresor—. ¿¡Por qué, por qué!?

El amargo aroma de la detonación inundó el dormitorio. Le recordó el de la mínima pólvora de las pistolas con pistones de plástico que usaba cuando era niño para jugar a indios y vaqueros. El de ahora lo producía una pistola de verdad impartiendo

Justicia. El mar seguía allí, inmenso y azul tras la cristalera. La calma de la tarde era aplastante. Se empezó a sentir muy bien, muy bien, así, a horcajadas sobre aquél muñeco desmadejado y muerto con el sexo ridículamente expuesto como un trozo grisáceo de goma podrida. El primero de la lista.

Qué asco. Qué mierda de tío. Se había meado de miedo antes de morir. El mensajero saltó hacia atrás de la cama. Menuda estampa. Las sábanas llenas de sangre y meados. Aquellos ojos semi abiertos, como los de la dolorosa de Salcillo, muertos. Agarró el cuerpo bajo las axilas, le dio la vuelta y lo colocó boca abajo. La sangre manó abundantemente del pecho atravesado por la bala, hasta salir por la espalda, empapando aún más las sábanas. Tenía un bonito y grande boquete en la espalda, por donde había salido el proyectil. Qué dirían de él ahora aquellos estúpidos que le seguían fielmente en televisión, esos que le reían las gracias y decían admirarle; qué sus colegas de oficio, esos otros hijos de puta.

Salió al salón y se acercó a la bien surtida barra de bar. Detrás de ella se extendía un enorme ventanal que comunicaba con la misma amplia terraza del dormitorio. Qué cabrón. Cómo había vivido el muy mariconazo. Cogió una botella de whisky y se sirvió un trago largo de cuatro dedos en un vaso. Delicioso. Miró la botella. Un whisky escocés de veinticinco años. Aquél soplaitas guardaba una docena de botellas más en el bar del salón. Qué cabronazo. Con dinero ganado a costa de la estupidez de la gente.

Fue hasta la cocina con el regusto caliente del licor pegado aún en el paladar, el aroma seco emanando calmadamente de sus fosas nasales. En un patio anexo encontró algo que le serviría: una fregona. Perfecto. Encontró un cuchillo afilado en los cajones de una mesa y comenzó a sacar punta al mango de la fregona, como si fuera un lápiz gigante. Cuando hubo terminado se quedó mirando el resultado durante un buen rato.

Después fue de nuevo hasta el dormitorio. El cadáver de Mañueco le esperaba boca abajo, el culo al aire. Alzó el afilado mango de la fregona sobre su cabeza y se lo introdujo con toda su fuerza por él. Jesús Mañueco empalado en el colchón de su dormitorio. Jódete, cabrón.

Elevó la vista al cielo, al otro lado del ventanal, con el mar debajo, saboreando la íntima y placentera sensación que le había producido el acto de matar; algunas gaviotas volando perezosas en busca de peces debajo de las olas. Ahora, a por el segundo.

Miguel Tijera se había vestido cuidadosamente con una camisa azul fucsia con flores blancas y unos pantalones chinos muy bien planchados. Se había perfumado excesivamente con 212 de Carolina Herrera después de afeitarse y salió a la caza en la noche Marbellí con la seguridad de que obtendría buenas piezas para comentar el lunes en *A la sazón*. El final de la jornada de sábado se prometía feliz. Le dijo a Roxana que tendría que quedarse hasta tarde en el Dreams. Tenía que encontrarse con un ex concejal del ayuntamiento que podía aportarle nueva información sobre los trapicheos de Julián Muñoz y la Pantoja en Marbella. Roxana le dijo que a la mañana siguiente tenía trabajo temprano y que sólo podría quedarse hasta las doce de la noche.

El gordo grandote con espesa y cuidada barba y gafas de sol le saludó cordialmente a la entrada del local de moda de Puerto Banús. Tijera conocía a casi todos los miembros del servicio de seguridad que siempre vigilaban en la puerta del establecimiento que no se colasen patosos, macarras, ligones de barrio, moros y gitanos. Pero al grandote con la barba perfectamente perfilada no lo conocía. Debía de ser un nuevo fichaje de Ninno.

— Buenas noches, señor Tijera, adelante —le invitó a entrar al local Ninno, el jefe de seguridad del Dreams, un italiano tipo armario ropero de dos metros por dos

metros que le tenía en mucho aprecio y que estaba junto al de la barba cuidada—. Espero que se le dé bien esta noche.

— Seguro, Ninno. Después hablo contigo.

— Claro —dijo el italiano mientras paraba en la puerta a un par de yogurines para pedirles los carnés.

La música House atronaba en el interior del Dreams. Roxana le esperaba junto a la cabina del pincha, Rufus, un holandés pelirrojo, alto y musculoso que vestía una simple camiseta blanca de Pierre Balmain sin mangas y unos pantalones amplios de algodón de la misma marca, movía su larga cabellera roja a derecha e izquierda al compás de un traqueteado esqueleto que se contorsionaba al ritmo compulsivo de la música que emanaba de su mesa de mezclas.

El local estaba animado y Tijera calibró con una rápida y profesional mirada el nivel de importancia de los parroquianos. En una pequeña pista de baile, bajo un foco de luz blanca nerviosamente titilante vio a Yola Bermejo bailando como una loca con el último expulsado de *La Casa*. El tipo le metía mano descaradamente. Miró alrededor de ellos en busca de alguien tirándoles fotos o grabándoles a hurtadillas y no tardó en descubrir a uno de los paparazo de SygmaIV Press, la agencia de Ángela Parandones. Joder cómo se buscaba la vida la Parandones. No había de qué asustarse. La escena ya estaba pactada de antemano entre la Bermejo y la agencia. Apoyado en una de las barras a la izquierda de la pista de baile en que la Bermejo se dejaba dislocadamente meter mano, vio a Antonio Carretas, el primo del guarda de la finca de uno de los constructores implicados en la Operación Malaya que tanto juego había dado últimamente en los programas especializados del corazón, pero que ya empezaba a estar quemado para las productoras especializadas. Una rubia platino le acariciaba el pecho. Era la ex del hermano del chofer del constructor que había tenido que dejar tres

millones de euros de fianza para eludir momentáneamente la cárcel tras haber sido detenido en el transcurso de la misma operación contra la corrupción.

Cuando la rubia le vio, juntó los labios y le dedicó un sensual beso. Tijera volvió la cara, despreciativo, sintiéndose macho y guapo. Aquella rubia bote ya estaba exprimida al máximo. Más allá vio a tres ex Supervivientes con copas en las manos, esforzándose por entrar en la línea de tiro de algunos de los paparazzi habituales del Dreams, que no les hacían el más mínimo caso. Uno de ellos amagó con dirigirse a él, pero Tijera le dio la espalda. Esperó que entendiera.

Jaime Pérez, el ex concejal de bienestar social del ayuntamiento de Marbella podía encontrarse ya en el interior del local para entrevistarse con él. Riky Ruiz, uno de sus informadores, el súper relaciones públicas súper crack del Dreams, uno de los bares de copas más de moda de Puerto Banús, le había soplado que el ex concejal de bienestar social estaría dispuesto a todo si llegaba a un acuerdo satisfactorio con alguna de las productoras de los programas televisivos de culto del mundo rosa. Riky había pactado un encuentro entre Tijera y Pérez esa noche en el Dreams. Tijera tenía carta blanca de *A la sazón*, para cerrar un posible acuerdo. Pero tenía que saber qué contenía ese *todo* que Jaime Pérez decía estar dispuesto a *dar* y qué precio le había puesto. Para eso estaba él allí esa noche. Riky le había adelantado que Jaime Pérez estaba dispuesto a contar lo nunca contado sobre la Operación Malaya, sobre los trapicheos de Julián Muñoz, sobre su mujer, Maite Zaldívar, sobre la Pantoja, su querida en tanto Muñoz no se hubiera divorciado de la Zaldívar. Decía tener papeles exclusivos que demostrarían que la ex del ex alcalde de Marbella, había viajado a Suiza y había ingresado en bancos suizos varios millones de euros. También decía que podía demostrar la vinculación de algunos constructores cercanos al ayuntamiento de Marbella con bufetes de abogados gibraltareños especializados en la creación de sociedades patrimoniales fantasmas a

través de las cuales blanqueaban el dinero expoliado al pueblo. Naturalmente no importaba que todo eso fuese verdad o mentira. Ya se habían experimentado suficientes técnicas en televisión para hacer pasar ese tipo de rumores absurdos, de indecentes filfas, por *noticias contrastadas* que emanaban de fuentes *dignas de todo crédito*. No había nada que el dinero no pudiese solucionar. La reiterada aparición de los muñecos periféricos a la Operación Malaya asiduos a los platós televisivos del corazón en los últimos dos meses ya había cansado a los productores y había que buscar carne fresca que encandilase de nuevo a la audiencia. Jaime Pérez podía ser el hombre para las próximas semanas. Semanas con buenas ganancias por publicidad para las Cadenas. Miguel Tijera se sentía gozoso con la idea.

— Hola, cariño —Roxana se le acercó melosa, le agarró del trasero y lo atrajo hacía sí, apretando su pubis contra el muslo derecho de él —.Baila conmigo, que esto está lleno de camaritas esta noche —le dijo susurrante al oído.

Tijera le devolvió los cariños en el trasero, la besó en el cuello con mucha suavidad, se la quedó mirando esforzándose en sostener la misma lánguida mirada de John Wayne en *El hombre tranquilo* y la apartó de sí.

— Deja que antes me de una vuelta por el local, cariñito —apuntó con su voz raposa y un tanto macarra—. Tengo trabajo. Ahora me reúno contigo.

— Me voy dentro de un cuarto de hora, amor. Mañana trabajo a las ocho, ya sabes.

Tijera volvió a apretar a Roxana contra él y comenzó a besarla apasionadamente al ritmo de la música House que inundaba sus sentidos. La joven se le arrimaba con lujuria calculada y por un instante Tijera empezó a perder la compostura Wayneriana que se estaba esforzando en mantener. Le llevaba dieciocho años al bombón y miró hacia uno de los rincones oscuros del local en donde saborearlo tranquilamente. Había

que aprovecharse de la coyuntura. Comenzaba ya conducir suavemente a Roxana hacia los cómodos sofás pegados a la pared del fondo, cuando alguien le tocó el hombro. Tijera se volvió hacia atrás con fastidio.

— ¿Don Miguel Tijera?

Un hombrecillo que no levantaba del suelo más de un metro sesenta, le miraba con expresión engreída de conejo a punto de eyacular.

— El mismo —contestó Tijera apartando de sí a Roxana con delicadeza.

— Soy Jaime Pérez.

La joven pareció comprender. Miró a su nuevo novio y le indicó por señas que se verían al día siguiente. Después se perdió en dirección a Rufus, el DJ del Dreams.

— No tengo mucho tiempo, señor Tijera. ¿Me invita a una copa? —terminó de presentarse el ex concejal de bienestar social del ayuntamiento de Marbella.

Miró complacido su estampa en los espejos situados detrás del ropero del Dreams y se introdujo en la boca uno de los caramelos de fresa que llenaban sus bolsillos. El Emidio Tucci le sentaba como un guante. Había esperado durante más de una hora en el exterior a que llegase Tijera. Hacía días que llevaba examinado en profundidad la configuración del local para encontrar un lugar apropiado. Tuvo suerte. Al fondo, a la derecha, detrás de la cabina elevada del pincha discos, se abría una puerta con un cartel de prohibido el paso que estaba siempre abierta. La puerta iba a dar a un estrecho pasillo que comunicaba con la cocina y con un pequeño retrete para los empleados. En el retrete encontró la pequeña herramienta que le serviría para rubricar su segundo trabajo; un chupón desatascador de grueso mango. Al fondo del pasillo se abría la puerta de salida a un pequeño descampado de unos cincuenta metros por cincuenta metros desde donde se oía en sordina la estridente música del interior y cuyo límite más

lejano iba a dar al mar. Nadie en el interior del Dreams podría oír nada que sucediese en su, por decirlo de algún modo, patio trasero. No había vigilancia en las puertas y el pasillo era recorrido tan sólo de tarde en tarde por los empleados de la cocina cuando iban al pequeño cuarto de baño. En el solar no había ninguna luz. Aquél era un buen lugar para que alguna pareja morbosa del Dreams, decidiera darse un revolcón entre cajas vacías de cerveza, sacos de cemento rotos, y yerbajos mediterráneos de distinto pelaje y luego se metieran un par de tiritos de farlopa en la oscuridad. Había comprobado que el lado sur del solar, el que daba al mar, estaba lleno de grandes bloques de cemento por los que podría escapar sin dificultad si la cosa se ponía fea.

Cuando vio llegar a Tijera se aproximó al mayor de los gorilas que vigilaba la puerta de entrada al Dreams y le preguntó la hora. Después se quedó a su lado, como si esperase a alguien. Debía hacer creer a Tijera que él era uno de los del equipo de seguridad del local. Tijera se aproximó, intercambió con el gorila un par de frasecitas y luego entró en el local. No le había reconocido. La barba de tramoya le sentaba a la perfección. Luego fue tras él. Ya se había habituado a la música repetitiva y obsesiva que programaban en el Dreams. Tijera se paró en medio, con actitud chulesca, husmeando lo que se cocía en el interior del exclusivo local de copas. Una jovencita muy guapa, una que había estado bailando toda la tarde junto al pincha discos, se le acercó. Vio cómo se abrazaban, como se manoseaban. Él le apretó las nalgas descaradamente y ella se restregó con impudicia contra él. La música lo inundaba todo. Vio cómo empezaban a bailar melosamente pegados. La alegría no les duró mucho. Un hombrecillo con traje de chaqueta gris se les acercó por detrás y tocó en el hombro de Tijera. La chica dijo algo, se dio media vuelta y se perdió en dirección a la cabina del pincha discos. Tijera y el hombrecillo se dirigieron hacia una de las barras tranquilas del local, una barra baja con taburetes bajos. Él les siguió discretamente, lo que no era

difícil en la oscuridad y la confusión sonora del local, se sentó a un par de metros de ellos, donde podía oír discretamente lo que hablaban, y pidió un Balentine's con hielo a la bonita y joven camarera que atendía la barra. Se sintió muy bien cuando el calor del licor templó sus cuerdas vocales. No tenía prisa.

Departieron exactamente treinta minutos. Les vio gesticular. Hablaban de esos asquerosos negocios de la televisión. Todo era mentira. Todo estaba pactado. Todo tramoya. Nada verdad. El hombrecillo del traje gris le decía que disponía de información reservada que podía ofrecer a Tijera si llegaban a un acuerdo económico. Se despidieron cordialmente, dándose la mano. El hombrecillo salió de la escena en dirección a la salida del local. Tijera quedó solo un instante sentado en la barra baja. Parecía pensar. Era el momento. Tenía que aprovechar antes de que volviese a unirse al grupo de famosillos de medio pelo, especuladores del mundo del corazón, y paparazzi nerviosos que pululaban por las diferentes pistas del local.

— Discúlpeme, señor Tijera —dijo acercándose a él con el vaso de whisky medio vacío aún en la mano—, ¿podría hablar con usted un momento?

El periodista le miró con curiosidad y cierto fastidio, haciendo un esfuerzo por recordar de qué le conocía. Por un momento temió que le reconociese. Si la cosa se ponía fea le pondría la pistola en el estómago y lo sacaría fuera a la fuerza. Nadie se habría dado cuenta.

— Sí..., sí, claro..., te he visto en la puerta...eres empleado de Ninno, ¿verdad? Todo el que trabaja para Ninno es también amigo mío.

— Sí —mintió él, satisfecho y sorprendido de que su simple treta de la entrada hubiese funcionado tan perfectamente.

— Pero tutéame, hombre, aquí los dos estamos trabajando, no como toda esta patulea de holgazanes que se contonean en las pistas de baile, ¿verdad? —le dijo con cierta suficiencia Tijera.

— Gracias —le contestó con una media sonrisa. La amabilidad y la deferencia afectada que mostraba Tijera no provocaron en él ni el más mínimo sentimiento de piedad. Sabía para lo que estaba allí—. Me gustaría comentarte algo muy importante sobre la Operación Malaya. Yo he trabajado como guardaespaldas de uno de los muñecos que ahora están en el trullo. Me gustaría que vieras una cosa. Seguro que te va a interesar.

— ¿De cuál de los muñecos que hay en el trullo fuiste gorila?

— De Juan Antonio Roca.

— Ah, bien, pero ya se sabe casi todo sobre Juan Antonio Roca.

— Lo que yo tengo no lo tiene nadie —le atajó él.

Vio como Tijera se mostraba repentinamente interesado. Parecía pensar que, después de todo, quizá ese gordo que tenía ante sí no fuese uno de esos soplagaitas *friky* vende exclusivas que habían surgido como hongos desde que el circo mediático del corazón se adueñase de las calles de Marbella.

— Bueno...tendría que valorar lo que tienes..., pero no hay dinero. Eso ya se ha acabado —mintió.

— No quiero dinero —le contestó.

— Bien —dijo Tijera como una rata olfateando un pedazo de queso podrido sobre una trampa que no ha detectado—. ¿Cómo que no quieres dinero?

Ya, qué listo. Eso sería lo que el muy cabrón plantease a la producción de *A la sazón*. Seguro que si la historia aquella hubiese sido de verdad y él hubiera seguido adelante con ella, Tijera habría encontrado una forma de hacerle firmar por quince o

veinte mil euros para luego no darle a él ni mil. Una propina interesante a cambio de sus buenos servicios. ¿Pensaba Tijera que era aquella su noche de suerte? Había oído cómo acababa de cerrar un interesante trato con el hombrecillo con el que habló para que contase en exclusiva en *A la sazón* todo tipo de cotilleos sobre Muñoz y su compañera sentimental Isabel Pantoja. El enano daría juego. Sabía hablar con desparpajo y sus facciones minimalistas, un poco como las de Manolete, darían fenomenalmente en la pequeña pantalla, pensó él. Oyó cómo aceptaba firmar un recibo de treinta mil euros a cambio de cobrar veinticuatro mil. Al cabrón de Tijera no le había sido difícil convencerle de que esos seis mil para él, bajo cuerda, le terminarían reportando a él muchas más oportunidades, mucho más dinero. Y ahora lo tenía allí, delante de él con cara de mosquito ahíto de sangre a punto de seguir con su tarea con otra víctima.

— Claro que quieres dinero —terminó de decirle Tijera—. Aquí, macho, todo el mundo cobra. Si lo que tienes es bueno, cobrarás.

— Yo no. Yo sólo quiero que se sepa la verdad. Es lo único que me mueve. Odio la injusticia.

— La verdad, la injusticia y eso, ya, claro. Bueno, hombre, bueno. Venga. A ver qué tienes para mí.

— Sígueme.

La chica con la que había bailado Tijera ya se había ido. El ambiente comenzaba a estar calentito. El local se había llenado con gente guapa y nadie, excepto los paparazzi que pululaban de un sitio a otro, hacía caso de nadie. Todo el mundo bailaba frenéticamente las últimas tendencias del House que el D.J mezclaba con su arte único desde su elevado nido musical lleno de teclas. Cuando pasaron por debajo de él camino de la puerta de salida al pasillo que comunicaba la trasera de local con el solar, el D.J levantó el pulgar de su mano derecha y le guiñó un ojo a Tijera en señal de

reconocimiento mientras no dejaba de contonear las caderas al ritmo frenético de la música que programaba. También lo vio a él junto a Tijera. Quizá pensase que iban juntos camino de los aseos para compartir un tirito de farlopa. Daba igual. Al día siguiente nadie le reconocería. Tijera le siguió dócilmente hacia la puerta que daba a las cocinas y a la trasera del Dreams. Notó que el paparazo sentía un poco de prevención ante el sórdido aspecto del pasillo que comunicaba con la cocina del Dreams y con la puerta de salida al solar. ¿Pero qué podría ocurrirle? Él era *empleado* de Ninno y era, también, un auténtico armario.

— No temas. Por aquí —le calmó y le invitó a salir al solar.

Un olor a salitre, a algas podridas y a matarratas inundó sus fosas nasales. La noche era cálida. Muy pronto llegaría el verano. Se paró junto a un pequeño montículo de tierra. El cielo estaba despejado. La luna, camino de estar llena, bañaba con una tenue luz los sacos de cemento semi rotos, los palés de madera sobre los que se asentaban y un amplio toldo de plástico verde que había servido en otro tiempo para cubrirlos. La música de la discoteca venía a ráfagas del interior de Dreams y llegaba difusa hasta sus oídos, como el rumor producido por una verbena en medio del campo cuando estamos a un par de kilómetros.

— Aquí es —dijo.

— Tú dirás..., por cierto,... no me has dicho tu nombre.

— Eso, ahora, no tiene importancia —contestó él.

— Venga. Dispara —le dijo Tijera con impaciencia. La película le empezaba a cargar. No tendría que esperar mucho para saber qué iba a ocurrir allí.

— Bájate los pantalones y los calzoncillos y tumbate en ese montón de arena — le conminó él con voz áspera.

Tijera no comprendió. Abrió los ojos interrogativamente.

— He dicho que te bajes los pantalones y que te tumbes boca abajo en ese montón de arena —repitió—, ¿eres gilipollas para no entender?

— Es una broma, ¿verdad?

— No. No es una broma. Bájate los pantalones y los calzoncillos y tumbate boca abajo sobre este montón de tierra. Te voy a dar por el culo —le anunció mientras extraía del bolsillo de su chaqueta un par de guantes de goma y se los colocaba sin dificultad.

Tijera se quedó rígido, sin capacidad de reacción. Parecía estar valorando una situación que se le escapaba de las manos.

— Me largo, tío. Ya está bien de bromitas —dijo haciendo un movimiento brusco para darse la vuelta. Pero no tuvo la oportunidad. Él le asestó un fuerte puñetazo debajo de la nariz. Tijera debió de sentir como si un yunque le hubiese golpeado en la cara. Cayó semi inconsciente sobre el montón de arena.

— Te follaría por el culo, hijo puta —le dijo arrojándose sobre él, mientras le colocaba la punta de la pistola bajo la nariz, de la que manaba un chorro abundante de sangre que empapaba de rojo el blanco de las flores blancas de su camisa azul fucsia —, pero no me pones nada.

— Buff, buff,...qué...pod, pod,...pod qué... uff,...uff..., qué te he hecho yo...uff....quién, quién...uff... quién edes tú —balbució Tijera respirando trabajosamente, con la voz nasal producida por la sangría de la nariz, mientras intentaba vanamente agarrarle de las muñecas.

— El que te va a enviar con Satanás, cabrón—le contestó él procurando lanzarle a la cara su aliento a fresa y Balentine's, al tiempo que le clavaba a Tijera el cañón de la pistola en el pecho—. Pero antes —añadió con voz rasposa— seguro que te gustaría que te hiciera cosquillitas con mi barba en tu trasero, ¿eh?

— ¡Tú, tú!, no..., no... no sedás capaz... ¡Socodoooo, socodoooo!—alcanzó a decir Tijera con la sangre manando abundantemente de su nariz y reconociendo a su agresor al fin. Por poco tiempo.

¡Tuc!, sintió la vibración de la pistola en su mano y la única detonación, absorbida por el corazón de Tijera y el montón de arena, se perdió en la negrura de la noche cabalgando sobre las olas oscuras, mar adentro.

Levantó la cabeza rápidamente como una alimaña con la pieza recién cobrada a sus pies que olisquease el peligro en la noche. Sólo se oía el batir de las olas contra los bloques de cemento del malecón que protegía el solar de los embates del mar y levantaba hacia arriba un velo de gotas microscópicas de agua salada que la leve iluminación cobre de las farolas de la calle anexa hacía resaltar con nitidez. No perdió tiempo. Le desabrochó los pantalones al cadáver de Tijera. Luego le dio la vuelta sobre el montón de arena y se los bajó junto con la ropa interior hasta las corvas. La música Deep-Tech House salía ahora, fluctuante y lejana, del interior del Dreams y flotaba en la oscuridad y se perdía en el fragor de la espuma del mar. Caminó feliz los treinta pasos que le separaban de la entrada la puerta trasera de acceso al local. Abrió la puerta del retrete de los empleados y cogió el chupón desatascador del suelo. Calibró el grueso del mango y se sintió satisfecho. Sería como una bonita flor negra naciendo del culo de su segunda víctima. Volvió junto al cadáver de Tijera y le hundió el mango entre las dos nalgas apoyando la maniobra con toda la fuerza de sus cien kilos de peso. Después se irguió para admirar su obra. Se sintió satisfecho con una plenitud que no habría podido describir jamás. La brisa marina le provocó un leve estremecimiento. Agarró el toldo verde de sobre los palés de madera y cubrió con él las partes desnudas del cuerpo sangrante e inerte de Tijera.

—El segundo —dijo en voz alta.

Cuando entró de nuevo en la discoteca, pidió otro Balentine's con hielo en vaso corto y disfrutó de la música durante un rato. El pincha programaba una música onírica y sugerente que resbalaba por las paredes y bajo las luces de la discoteca como un trozo de mantequilla derritiéndose melosa entre los rincones oscuros repletos de parejas sudorosas de sexo furtivo. Se acercó a la zona del pincha extranjero, subió un peldaño por la escalera de cuatro que subía a su cabina y le pidió con un gesto amable que se acercase a él.

— ¿Qué es eso que suena? —le preguntó.

— Es Dubstep —le contestó el pincha con acento extranjero—. Un tipo de música del sur de Londres compuesta por alguien que se hace llamar *Burial*. El CD se titula *Untrue* y lo que suena, *Archangel*.

—Es inquietante como una noche oscura.

— Te lo puedes bajar de la Internet si tienes prisa —le contestó el pincha—. No sé si se puede conseguir en España aún.

— Dubstep. *Burial*, *Untrue* —repitió él.

— Justo así —corroboró el pincha y luego volvió a colocarse los cascos al son decadente de la música en la que se oían voces de mujeres pidiendo cosas como en sordina a través de las paredes de una habitación de hotel con las paredes de papel.